

—En lo de ser aguador me afirmo,—respondió Lope,—y durmamos lo poco que queda hasta venir el día, que tengo esta cabeza mayor que una cuba, y no estoy para ponerme ahora á departir contigo.

Durmiéronse, vino el día, levantáronse, y acudió Tomas á dar cebada, y Lope se fué al mercado de las bestias, que es allí junto, á comprar un asno que fuese tal como bueno.

Sucedió, pues, que Tomas, llevado de sus pensamientos, y de la comodidad que le daba la soledad de las fiestas, habia compuesto en algunas unos versos amorosos, y escritolos en el mismo libro de tenía la cuenta de la cebada, con intencion de sacarlos aparte en limpio, y romper ó borrar aquellas hojas; pero ántes que esto hiciese, estando él fuera de casa, habiéndose dejado el libro sobre el cajón de la cebada, le tomó su amo, y abriéndole para ver cómo estaba la cuenta, dió con los versos, que leídos le turbaron y sobresaltaron.

Fuése con ellos á su mujer, y ántes que se los leyese, llamó á Costanza, y con grandes encarecimientos mezclados con amenazas, le dijo le dijese si Tomas Pedro el mozo de la cebada le habia dicho algun requiebro, ó alguna palabra descompuesta ó que diese indicio de tenerla aficion.

Costanza juró que la primera palabra en aquella ó en otra materia alguna estaba aún por hablarla, y que jamas ni aún con los ojos le habia dado muestras de pensamiento malo alguno.

Creyéronla sus amos por estar acostumbrados á oirla siempre decir verdad en todo cuanto le preguntaban.

Dijéronla que se fuese de allí, y el huésped dijo á su mujer:

—No sé qué me diga desto; habréis de saber, señora, que Tomas tiene escritas en este libro de la cebada unas coplas, que me ponen mala espina que está enamorado de Costancica.

—Veamos las coplas,—respondió la mujer,—que yo os diré lo que en eso debe de haber.

—Así será, sin duda alguna,—replicó su marido,—que como sois poeta, luégo daréis en su sentido.

—No soy poeta,—respondió la mujer,—pero ya sabeis vos que tengo buen entendimiento, y que sé rezar en latin las cuatro oraciones.

—Mejor haríades de rezallas en romance, que ya os dijo vuestro tío el clérigo que decíades mil gazafatones cuando rezábades en latin, y que no rezábades nada.

—Esa flecha, de la aljaba de su sobrina ha salido, que está envidiosa de verme tomar las horas de latin en la mano, y irme por ellas como por viña vendimiada.

—Sea como vos quisiérades,—respondió el huésped,—estad atenta, que las coplas son estas.

¿Quién de amor venturas halla?

El que calla.

¿Quién triunfa de su aspereza?

La firmeza.

¿Quién da alcance á su alegría?

La porfia.

Dese modo bien podria

Esperar dichosa palma,

Si en esta empresa mi alma

Calla, está firme y porfia.

¿Con qué se sustenta amor?

Con favor.

¿Y con qué mengua su furia?

Con la injuria.

¿Antes con desdenes crece?

Desfallece.

Claro en esto se parece

Que mi amor será inmortal;

Pues la causa de mi mal

Ni injuria ni favorece.

Quien desespera ¿qué espera?

Muerte entera.

Pues ¿qué muerte el mal remedia?

La que es media.

Luégo ¿bien será morir?

Mejor sufrir;

Porque se suele decir,

(Y esta verdad se reciba):

Que tras la tormenta esquiva
Suele la calma venir.

¿Descubriré mi pasión?

En ocasión.

¿Y si jamás me la da?

Sí hará.

Llegará la muerte en tanto.

Llegue á tanto

Tu limpia fe y esperanza,

Que en sabiéndolo Constanza

Convierta en risa tu llanto.

—¿Hay más?—dijo la huésped.

—No,—respondió el marido;—pero ¿qué os parece destes versos?

—Lo primero,—dijo ella,—es menester averiguar si son de Tomas.

—En eso no hay que poner duda,—replicó el marido,—porque la letra de la cuenta de la cebada y la de las coplas, todo es una, sin que se pueda negar.

—Mirad, marido,—dijo la huésped,—á lo que yo veo, puesto que las coplas nombran á Constancia, por donde se puede pensar que se hicieron para ella, no por eso lo habemos de afirmar nosotros por verdad como si se los viéramos escribir: cuanto más, que otras Costanzas que la nuestra hay en el mundo; pero ya que se apor esta, ahí no le dice nada que la deshonne, ni la pide cosa que le importe.

—Estemos á la mira, y avisemos á la muchacha, que si él está enamorado della, á buen seguro que él haga más coplas y que procure dárselas.

—¿No sería mejor,—dijo el marido,—quitarnos de esos cuidados, y echarle de casa?

—Eso,—respondió la huésped,—en vuestra mano está; pero en verdad que segun vos decís, el mozo sirve de manera, que sería conciencia el despedille por tan liviana ocasión.

—Ahora bien,—dijo el marido,—estaremos alerta, como vos decís, y el tiempo nos dirá lo que habemos de hacer.

Quedaron en eso, y tornó á poner el huésped el libro donde lo habia hallado.

Volvió Tomas ansioso á buscar su libro, hallóle, y porque no le diese otro sobresalto, trasladó las coplas, rasgó aquellas hojas, y propuso de aventurarse á descubrir su deseo á Costanza en la primera ocasión que se le ofreciese.

Pero como ella andaba siempre sobre los estribos de su honestidad y recato, á ninguno daba lugar de miralla, cuanto más de ponerse á pláticas con ella, y como habia tanta gente y tantos ojos de ordinario en la posada, se aumentaba más la dificultad de hablalla, de que se desesperaba el pobre enamorado.

Mas habiendo salido aquel dia Costanza con una toca ceñida por las mejillas, y dicho á quien se lo preguntó que por qué se la habia puesto, que tenia un gran dolor de muelas, Tomas, á quien sus deseos avivaban el entendimiento, en un instante discurrió lo que sería bueno que hiciese, y dijo:

—Señora Costanza, yo le daré una oracion en escrito que á dos veces que la rece, se le quitará como con la mano su dolor.

—Norabuena,—respondió Costanza,—que la rezaré, porque sé leer.

—Ha de ser con condicion,—dijo Tomas,—que no la ha de mostrar á nadie, porque la estimo en mucho, y no será bien que por saberla mucho se menosprecie.

—Yo la prometo,—dijo Costanza,—Tomas, que no la dé á nadie, y démela luégo, porque me fatiga mucho el dolor.

—Yo le trasladaré de la memoria,—respondió Tomas,—y luégo, se la daré.

Estas fueron las primeras razones que Tomas dijo á Costanza, y Costanza á Tomas en todo el tiempo que habia que estaba en casa, que ya pasaban de veinticuatro dias.

Retiróse Tomas, y escribió la oracion, y tuvo lugar de dársela á Costanza sin que nadie lo viese, y ella con mucho gusto y más devoción se entró en un aposento á solas, y abriendo el papel, vió que decia desta manera:

«Señora de mi alma: Yo soy un caballero natural de Búrgos: si

alcanzo de dias á mi padre, heredo un mayorazgo de seis mil ducados de renta; á la fama de vuestra hermosura, qué por muchas leguas se extiende, dejé mi patria, mudé vestido, y en el traje que me veis, vine á servir á vuestro dueño; si vos lo quisiéredes ser mio, por los medios que más á vuestra honestidad convengan, mirad qué pruebas quereis que haga para enteraros desta verdad, y enterada en ella, siendo gusto vuestro seré vuestro esposo, y me tendré por el más bien afortunado del mundo: sólo por ahora os pido que no echeis tan enamorados y limpios pensamientos como los míos en la calle, que si vuestro dueño lo sabe, y no los cree, me condenará á destierro de vuestra presencia, que sería lo mismo que condenarme á muerte: dejadme, señora, que os vea, hasta que me creais, considerando que no merece el riguroso castigo de no veros el que no ha cometido otra culpa que adoraros; con los ojos podréis responderme á hurto de los muchos que siempre os están mirando, que ellos son tales, que airados matan, y piadosos resucitan.»

En tanto que Tomas entendió que Costanza se habia ido á leer su papel, le estuvo palpitando el corazón, temiendo y esperando ó ya la sentencia de su muerte, ó la restauracion de su vida.

Salió en esto Costanza tan hermosa, aunque rebozada, que si pudiera recibir aumento su hermosura con algun accidente, se pudiera juzgar que el sobresalto de haber visto en el papel de Tomas otra cosa tan lejos de la que pensaba, habia acrecentado su belleza.

Salió con el papel entre las manos hecho menudas piezas, y dijo á Tomas que apenas se podia tener en pié:

—Hermano Tomas, esta tu oracion más parece hechicería y embuste, que oracion santa, y así yo no la quiero creer ni usar, y por eso la he rasgado, porque no la vea nadie que sea más crédula que yo; aprende otras oraciones más fáciles, porque esta será imposible que te sea de provecho.

En diciendo esto se entró con su ama, y Tomas quedó suspenso; pero algo consolado, viendo que en sólo el pecho de Costanza quedaba el secreto de su deseo, pareciéndole que pues no habia dado cuenta dél á su amo, por lo ménos no estaba en peligro de que le echasen de casa.

Parecióle que en el primer paso que habia dado en su pretension, habia atropellado por mil montes de inconvenientes, y que en las cosas grandes y dudosas la mayor dificultad está en los principios.

En tanto que esto sucedió en la posada, andaba el asturiano comprando el asno donde los vendian; y aunque halló muchos, ninguno le satisfizo, puesto que un gitano anduvo muy solícito por encajalle uno que más caminaba por el azogue que le habia echado en los oídos, que por ligereza suya; pero lo que contentaba con el paso, desagradaba con el cuerpo, que era muy pequeño, y no del grandor y talle que Lope queria, que le buscaba suficiente para llevarle á él por añadidura, ora fuesen vacíos ó llenos los cántaros.

Llegóse á él en esto un mozo, y dijole al oído:

—Galan, si busca bestia cómoda para el oficio de aguador, yo tengo un asno aquí cerca en un prado, que no le hay mejor ni mayor en la ciudad, y aconséjole que no compre bestia de gitanos, porque aunque parezcan sanas y buenas, todas son falsas y llenas de dolamas; si quiere comprar la que le conviene, véngase conmigo y calle la boca.

Creyóle el asturiano, y dijole que guiase adonde estaba el asno que tanto encarecia.

Fuéronse los dos mano á mano, como dicen, hasta que llegaron á la huerta del Rey, donde á la sombra de una azuda hallaron muchos aguadores, cuyos asnos pacian en un prado que allí cerca estaba.

Mostró el vendedor su asno, tal, que le hinchó el ojo al asturiano, y de todos los que allí estaban fué alabado el asno de fuerte, de caminador y comedor sobremanera.

Hicieron su concierto, y sin otra seguridad ni informacion, siendo corredores y medianeros los demas aguadores, dió diez y seis ducados por el asno, con todos los adherentes del oficio.

Hizo la paga real en escudos de oro.

Diéronle el parabien de la compra y de la entrada en el oficio, y certificáronle que habia comprado un asno dichosísimo, porque el dueño que le dejaba, sin que se le mancasse ni matase, habia ganado con él en ménos tiempo de un año, despues de haberse sustentado á él y al asno honradamente, dos pares de vestidos, y más aquellos

diez y seis ducados con que pensaba volver á su tierra, donde le tenían concertado un casamiento con una medio parienta suya.

Amén de los corredores del asno, estaban otros cuatro aguadores jugando á la primera, tendidos en el suelo, sirviéndoles de bufete la tierra y de sobremesa sus capas.

Púsose el asturiano á mirarlos, y vió que no jugaban como aguadores, sino como arcedianos, porque tenía de resto cada uno más de cien reales en cuartos y en plata.

Llegó una mano de echar todos el resto; y si uno no diera partido á otro, él hiciera mesa gallega.

Finalmente, á los dos en aquel resto se les acabó el dinero y se levantaron.

Viendo lo cual el vendedor del asno, dijo que si hubiera cuatro, que él jugara, porque era enemigo de jugar en tercio.

El asturiano, que era de propiedad del azúcar, que jamas gastó menestra, como dice el italiano, dijo que él haria cuarto.

Sentáronse luégo, anduvo la cosa de buena manera, y queriendo jugar ántes el dinero que el tiempo, en poco rato perdió Lope seis escudos que tenía; y viéndose sin blanca, dijo que si le querian jugar el asno, que él le jugaria.

Acetaron el envite, y hizo de resto un cuarto del asno, diciendo que por cuartos queria jugarle.

Dióle tan mal, que en cuatro restos consecutivamente perdió los cuatro cuartos del asno, y ganóselos el mismo que se le habia vendido; y levantándose para volverse á entregarse en él, dijo el asturiano que advirtiesen que él solamente habia jugado los cuatro cuartos del asno, pero la cola que se la diesen, y se le llevasen norabuena.

Causóles risa á todos la demanda de la cola; y hubo letrados que fueron de parecer que no tenía razon en lo que pedia, diciendo que cuando se vende un carnero ó otra res alguna, no se saca ni quita la cola, que con uno de los cuartos traseros ha de ir forzosamente.

A lo cual replicó Lope que los carneros de Berbería ordinariamente tienen cinco cuartos, y que el quinto es de la cola; y cuando los tales carneros se cuarteán, tanto vale la cola como cualquier cuarto; y que á lo de ir la cola junto con la res que se vende viva y no

se cuarteá, que lo concedia; pero que la suya no fué vendida, sino jugada, y que nunca su intencion fué jugar la cola, y que al punto se la volbiesen luégo con todo lo á ella anejo y concerniente, que era desde la punta del cerebro, con toda la osamenta del espinazo, donde ella tomaba principio y decendia, hasta parar en los últimos pelos della.

—Dadme vos,—dijo uno,—que ello sea así como decís, y que os la den como la pedís y sentaos junto á lo que del asno queda.

—Pues así es,—replicó Lope,—venga mi cola; si no, por Dios que no me lleven el asno, si bien viniesen por él cuantos aguadores hay en el mundo; y no piensen que por ser tantos los que aquí están, me han de hacer supercheria, porque soy yo un hombre que me sabré llegar á otro hombre, y meterle dos palmos de daga por las tripas, sin que sepa de quién, por dónde ó cómo le vino; y más, que no quiero que me paguen la cola rata por cantidad, sino que quiero que me la den en ser, y la corten del asno, como tengo dicho.

Al ganancioso y á los demas les pareció no ser bien llevar aquel negocio por fuerza, porque juzgaron ser de tal brío el asturiano, que no consentiria que se la hiciesen; el cual, como estaba hecho el trato de las almadrabas, donde se ejercita todo género de rumbo y jácara, y de extraordinarios juramentos y votos, voleó allí el capelo y empuñó un puñal que debajo del capotillo traia, y púsose en tal postura, que infundió temor y respeto en toda aquella aguadora compañía.

Finalmente, uno de ellos, que parecia de más razon y discurso, los concertó en que se echase la cola contra un cuarto del asno á una quínola, ó á dos y pasante.

Fueron contentos, ganó la quínola Lope, picóse el otro, echó el otro cuarto, y á otras tres manos quedó sin asno.

Quiso jugar el dinero, no queria Lope, pero tanto le porfiaron todos, que lo hubo de hacer, con que hizo el viaje del desposado, dejándole sin un sólo maravedí; y fué tanta la pesadumbre que desto recibió el perdidoso, que se arrojó en el suelo, y comenzó á darse de calabazadas por la tierra.

Lope, como bien nacido, y como liberal y compasivo, le levantó, y le volvió todo el dinero que le habia ganado, y los diez y seis du-